

La escritura como modo de vida: un ensayo sobre el creador de los ensayos

Por Federico Uanini*

Resumen: El ensayo siempre ha sido visto como un género poco preciso e inferior a sus parientes cercanos como el *paper* o los artículos académicos. Sin embargo, esa diferencia no debería implicar una inferioridad sino, más bien, otro enfoque: *relatar el origen de los ensayos como forma de escribir y hacer filosofía es revitalizar una experiencia con la escritura que se vuelve una puerta de entrada para entender quiénes somos nosotros mismos.* Esa puerta se refleja en las experiencias escritas y filosóficas que el pensador francés Michel de Montaigne legó a la posteridad. Este breve ensayo propone un paseo por las inquietudes que llevaron a un francés del siglo XVI a generar un nuevo espacio de discurso, a pensar que se podía decir algo sobre el mundo y sobre sí mismo, y a ver las letras como un espejo donde puede hacerse justicia contra los males que causa la cultura y nuestra propia imaginación.

Palabras clave: Montaigne, filosofía como modo de vida, ensayos.

* Licenciado en Filosofía, doctorando en Filosofía (IDH/ Conicet).

La experiencia de lo íntimo es relativamente nueva en nuestra cultura. Sus inicios datan del período que el historiador francés Jacques Le Goff supo catalogar como el Renacimiento del siglo XII¹. Hasta ese momento habíamos vivido en el seno de una comunidad medieval omnipresente donde la soledad era síntoma de locura u ostracismo, pero entre el siglo XII y el XIV comienzan a manifestarse esbozos de una búsqueda por la interioridad humana que revolucionaría el arte y la filosofía misma. El surgimiento en esta época de objetos cotidianos como el monedero, las habitaciones personales o el plato individual para la comida comienzan a proponer un espacio y un tiempo que problematizan la forma en que el ser humano se concebía a sí mismo: ahora es posible pensarnos en soledad. Los viajes de colonización a las Américas contribuyeron a quebrar de forma definitiva la imagen que Europa tenía de sí misma: durante el siglo XV llegaron historias a las Cortes sobre los diferentes pueblos americanos y sus “extrañas” costumbres. La forma en que se podía vivir era mucho más amplia que la sostenida por una sociedad europea azotada por la Peste Negra y la debacle del feudalismo. La pintura supo mostrar este cambio de perspectiva cuando en esta época el autorretrato se hizo presente²: pensar al ser humano implicaba ahora poder dar cuenta de esa interioridad que se abría como extraña pero también familiar. En este contexto escribió el filósofo francés Michel de Montaigne.

Este personaje, leído más veces en literatura que en filosofía, fue uno de los precursores del género literario que hoy conocemos como “ensayo”³. El nombre que decora esta clasificación no es azaroso y está relacionado con la forma en que el autor francés piensa que el ser humano se vincula con la verdad. Para este filósofo sólo la Divinidad está en posesión de un saber absoluto: a los seres humanos sólo nos queda “intentar”, “ensayar” esa verdad que, por otro lado, posiblemente nunca

1 Le Goff, J. (2008). *Una larga Edad Media*. Editorial: Paidós.

2 Rivera Hutinel, M. (2010). *Los ensayos del «yo». Autografía y autorretrato en Michel de Montaigne*. En: *Escepticismo, literatura y visualidad* (Oyarzun Pablo y Marcela Rivera eds.). Editorial: Ventana Abierta, pps.: 11- 27.

3 Originalmente, la única obra publicada por este autor francés se tituló *Essais* (ensayos). El artículo *Los (Les)* fue agregado de forma póstuma en la edición que su *fille d'alliance*, Marie de Gournay, realizó en 1595.

podremos alcanzar. Escritura y Verdad son dos dimensiones entrecruzadas en este autor: ambas juegan en el límite de lo imposible, y su relación con nosotros establece un diálogo constante sobre quiénes somos en realidad. En ese vínculo entre verdad y escritura es donde Montaigne lleva a cabo su obra: mientras la filosofía anterior buscaba verdades sobre el mundo, él prefiere buscar verdades sobre sí mismo. Aquella interioridad que desde el siglo XII comenzaba a permear el horizonte del arte y de la reflexión encuentra en este autor un punto cúlmine cuando nos comenta que su única tarea es “pintarse a sí mismo”. Compungido por un sentimiento de muerte prematura, el francés decide aislarse del mundo en la torre de su castillo y comenzar una tarea meditativa que lo llevará a producir un voluminoso escrito que no pretende otra fama que dar cuenta de sí, es decir, intentar mostrar quién es ese Michel de Montaigne que escribe. Una franqueza absoluta recorre su gesto literario: escribir sobre uno mismo es siempre escribir con la verdad.

¿Pero qué verdad se aloja en estos ensayos del escritor del Périgord? Al escribir sobre uno mismo, piensa Montaigne, de forma indefectible tengo que relatar las ideas y opiniones que la cultura y el pensamiento me han otorgado sobre lo que significa ser humano. No sé tanto lo que soy como aquello que me han dicho que sea. Estas opiniones no son meras ideas: son propuestas sobre cómo llevar a cabo la vida. “Ser humano” ha significado un mandato más que una descripción para la cultura y la filosofía. El escritor de Burdeos define a estas ideas que nos otorgan una vida prefabricada como “males imaginarios”: aceptar falsas definiciones sobre quiénes somos implica someterse a una forma de vida angustiosa que no nos es propia. Perspectivas sobre cómo debe ser el cuerpo, cómo tenemos que comportarnos, incluso hasta cómo debemos amar, son ideas que nos azotan: vivimos bajo la falsedad de no saber quiénes somos y, por tanto, qué en realidad queremos. La primera verdad que se aloja en la escritura de Montaigne es comprender que la búsqueda de nuestro Yo debe ir más allá de las opiniones que nos relatan quiénes deberíamos ser.

El filósofo Clément Rosset supo escribir en “Lo real y su doble”⁴ que los narcisistas no se aman tanto a sí mismos como en general se piensa. En realidad, el afecto que los recorre es el de un fuerte autodesprecio. Los narcisistas prefieren las historias que se cuentan a sí mismos antes que

4 Rosset, C. (2020). *Lo real y su doble. Ensayo sobre la ilusión*. Editorial: Del Zorzal.

a sí mismos. Ese es el significado de la muerte de Narciso para Rosset: escoger la imagen que se refleja por sobre el cuerpo que se asoma, vivir bajo el retrato que tolero ante que aceptar el cuerpo desde donde la apariencia surge. Los narcisistas son una especie de Pígalión que se enamoran de su propia obra: creen que ellos mismos son el cuento que se han (y les han) contado, piensan que su identidad se limita a las ideas que se han dicho a sí mismos al oído, ocultando como contraparte un verdadero "Yo": el que se asoma al espejo de agua. La humanidad entera, dice Rosset, padece el mal de Narciso: no aceptamos la verdad de lo que somos, y preferimos ficciones que nos acobijen frente a un mundo hostil. No dejamos de ser animales que le temen a la noche.



Frontispicio de los Ensayos. Edición de 1588 (París).

Pero el Narciso que somos tiene un enemigo para Montaigne: la escritura. Cuando la letra presume de ser un espejo de nosotros mismos, las historias que nos contamos estallan frente a la verdad que somos. Kundera supo escribir que mirar hacia el abismo nos da una mezcla de miedo y placer porque, en el fondo, una parte de nosotros quiere tirarse, aniquilarse desde las alturas⁵. Cotidianamente nos recorre el deseo de sacrificar la realidad, de negar lo que en verdad *es*, para sólo darle el mote de *existente* a aquello que preferimos que sea. La escritura es el espacio donde, narrándose a sí mismo, Montaigne encuentra la fragilidad de Narciso: la humanidad ha preferido falacias y quimeras antes de aceptarse precaria y débil. La escritura impulsada por la verdad de narrar quiénes somos nos devuelve las mentiras que nos contamos día a día. Como bien dio a entender Tolstoi en *La muerte de Iván Ilich*⁶: el poderío de un juez cae a pedazos cuando no hay veredicto que lo salve de su condición de mortal. El escribir sobre uno mismo no es un acto comunicativo: es reconocer y erosionar las falsas imágenes que hemos proyectado de nosotros en el mundo. Pero si todo era mentira, si esas ideas sólo servían para darnos un sentido propio en un universo en decadencia, ¿dónde queda esa pequeña verdad que Montaigne pretende buscar?

Tal vez el primer paso para encontrar esa respuesta implique considerar lo más próximo que tenemos y que ha sido desdibujado por el gesto irreal de Narciso. “Lo más cercano es lo más extraño” reza cierto *dictum* del Tao, y Montaigne no podría estar más que de acuerdo. Si las narraciones que nos habíamos contado sobre quiénes somos son falsas, lo que se abre frente a nosotros es otro tipo de lenguaje: ahora el cuerpo nos habla. El filósofo francés decora decenas de ensayos relatando sus males corporales: sus dolores físicos, su mal de gota, sus piedras en los riñones, su predilección por tal o cual comida para no tener gastritis, etc. Lo que a simple vista suena fútil y hasta escatológico, es en realidad lo más propio que tenemos. En la escritura el cuerpo emerge como verdad. Pero no es un cuerpo abstracto el que aparece en sus escritos, es la carne de un hombre que sufre, que reconoce que las ideas que ha tenido de sí mismo le han causado infelicidad y que es necesario escuchar lo más cercano en lugar de lo esgrimido por el Narciso de

5 Kundera, M. (2002). *La insostenible levedad del ser*. Editorial: Tusquets Editores S.A.

6 Tolstoi, L. (2013). *La muerte de Iván Ilich*. Editorial: Losada.

la vanidad humana. En la letra surge un cuerpo propio, pero extraño: indomable, frágil y necesitado, que no se condice con aquellas imágenes grandilocuentes que antes tenía de sí mismo. La escritura muestra la verdad: la fragilidad que ahora surge era lo que se intentaba negar con aquellas ideas que buscaban definirnos. Cuando el cuerpo emerge sobre la vanidad del relato impropio, la pregunta por quién soy comienza a decirnos que somos seres que no nos aceptamos a nosotros mismos. Aquellas ideas con las cuales nos vestíamos eran la respuesta de un miedo frente a nuestra propia debilidad: el mostrarnos en ese cuerpo doliente y frágil resulta casi insoportable, y como Pigmalión aprendimos a enamorarnos de esa escultura vanidosa que son las definiciones que la sociedad ha proclamado como buenas formas de vida.



Los libros, la escritura, como forma de vida.

Pero si la escritura de sí mismo es el lugar donde el cuerpo se hace presente, donde los “males imaginarios” se deshacen cuando somos capaces de notar las mentiras con que adornamos nuestro miedo hacia la precariedad, entonces esa misma escritura es una terapia. **Escribir es establecer un diálogo con uno mismo, sabiendo que la verdad de lo que somos se encuentra oculta por nuestro miedo a la indiferencia del universo. La escritura de sí es una forma de vida, un ejercicio constante por quitarnos aquellos miedos con que preferimos negar la realidad. Escribir es, para Montaigne, la terapia contra una presunción que desdibuja la fragilidad que somos como seres humanos.** Si el ensayo supone cierto acercamiento con la verdad, ensayar la respuesta por quienes somos implica hacer presente los deseos y sentimientos que se alojan detrás de la mascarada. Sólo nosotros sabemos cuál es la verdadera respuesta a quiénes somos y, aunque la solución no sea fácil, el sentido de preguntar implica siempre evitar que alguien nos dé una respuesta acabada, una afirmación sobre la vida que se nos vuelva grillete. Sólo cuando escribo sobre mí mismo, cuando soy consciente de la carne y el dolor que intento negar a como dé lugar, soy propiamente Yo. En alguna parte de Edipo en Colono, si la memoria no me falla, Sófocles escribe: ahora que he perdido todo es cuando empiezo a ser un ser humano.

Siguiendo, tal vez, el espíritu de autores clásicos que consideraban a la filosofía con la capacidad de curar nuestras “enfermedades del alma”, el filósofo francés comparte el gesto de “ensayar”, de vincularnos con esa precaria verdad que somos porque sólo desde ahí la felicidad puede enunciarse. **La escritura se vuelve entonces un gesto ético, una defensa por sostener la eterna pregunta por la identidad frente a las opiniones que aseguran garantizarnos cómo se debe vivir.** No se escribe, parafraseando a Clarice Lispector, para cambiar el mundo: *escribimos sólo para poder florecer.*

BIBLIOGRAFÍA

- Le Goff, J. (2008). *Una larga Edad Media*. Editorial: Paidós.
- Kundera, M. (2002). *La insoportable levedad del ser*. Editorial: Tusquets Editores S.A.
- Rivera Hutinel, M. (2010). Los ensayos del «yo». Autografía y autorretrato en Michel de Montaigne en *Escepticismo, literatura y visualidad* (Oyarzun Pablo y Marcela Rivera eds.). Editorial: Ventana Abierta, pps.: 11- 27.
- Rosset, C. (2020). *Lo real y su doble. Ensayo sobre la ilusión*. Editorial: Del Zorzal.
- Tolstoi, L. (2013). *La muerte de Iván Ilich*. Editorial: Losada.